

Juan Waldemar Wally, *Generación argentina de 1940. Grandeza y frustración*, Editorial Dunken, Buenos Aires, Noviembre de 2007.
Prólogo de Francisco José Pestanha.

La obra que comentamos tiene el valor de haber sido pensada desde el interior de la provincia, por un hombre sin duda formado en nuestra universidad, pero nacido en Balcarce y vecindado desde hace muchos años en Olavarría, en el centro de la provincia de Buenos Aires. Dedicado a la docencia –que ahora ha culminado con su jubilación–, nunca ha dejado –ni dejará– de pensar en el país y sus fenómenos culturales. La vida pública lo llevó a la dirección de cultura por muchos años y su enseñanza ha trascendido el marco de la ciudad de residencia, para convertirse –ya sea mediante cursos, clases o artículos– en lo atinente al pensamiento nacional, en un referente del sur bonaerense.

Como el mismo autor señala en su presentación, el macroenquadre de la obra debe apreciarse desde la periodización de las generaciones argentinas –hecha en la década del 70 por el Dr. Jaime Perriau en el libro que, bajo ese nombre, publicó Eudeba– y que, a su vez, reconoce el impulso basal de las enseñanzas de Ortega y Gasset.

De esta manera, Wally se propone analizar una generación –que en la cronología de Perriau sería la décima– que llama “de 1940”, que estaría formada por los nacidos entre 1889 y 1902 y cuya *epogé* se habría dado en la década del 40 y en torno a 1950, época que el autor llama “de oro” para la música, el cine y el deporte nacional. Esta décima generación tuvo su etapa de formación entre 1910 y 1925 y la importancia de su gestión coincidiría, en gran parte, con el gobierno del Gral. Perón. El autor la ubica entre 1940 y 1955 y no la reduce a la Argentina, sino que la refiere al mundo latinoamericano.

Las ideas-fuerzas de esta generación, según el autor, se refieren a la reivindicación del papel del Estado, como reacción al liberalismo de la etapa anterior, a la toma de conciencia sobre la necesidad de un modelo superador del agroexportador; de allí, la importancia que se dio al industrialismo, unido a una visión nacionalista de lo económico y de lo cultural, el descubrimiento modélico de una ética pública basada en la justicia social y en la soberanía política. Estas ideas fuerzas estaban unidas a la revolución estética –del grupo martinfierrista y del grupo de Boedo–, a la renovación del catolicismo –con epicentro en los Cursos de Cultura Católica– y a la oxigenación filosófica que llevó a la decadencia del fulgor de la *belle époque*, hecha añicos con la Primera Guerra Mundial y las inicuas condiciones del Pacto de Versalles –que incubaría los resentimientos que van a desembocar en la segunda catástrofe europea–. Todo ello abrió la posibilidad de un nuevo tiempo cultural y político, que debió ser encausado por el peronismo, en cuyas manos estuvo –sin duda– la posibilidad de configurar un panorama nacional propio, dejando de lado las vigencias de un modelo liberal que no se adaptaba al *modus essendi* de nuestros pueblos.

Esta tesitura lleva al autor a analizar a los principales protagonistas culturales de esta generación: Scalabrini Ortiz, Jaureche, Ernesto Palacio, Diego Luis Molinari, Casares, Manuel Savio, Ramón Doll, Armando Cascella, Leopoldo Marechal, Leonardo Castellani, Nimio de Anquín, Carlos Astrada y Discépolo. Como toda enumeración –y ésta es abundante y cuidadosa–, no puede ser abarcativa de cada uno de quienes configuraron esa generación, pero sin duda no se omite a los principales referentes de esa cultura nacional.

Pero tras esa alternativa brillante, los fenómenos políticos vinculados con el peronismo –con sus luces y sus sombras– llevaron a la fatiga y a la crisis.

Hasta aquí –de manera muy sintética–, lo esencial de la obra, a la que se agrega una importante y cuidada galería fotográfica y una completa lista cronológica. Lo dicho hasta aquí es significativo para valorar esta prolija obra. Sólo, a modo de comentario, me permito agregar la necesaria conclusión de esa revisión histórica: las causas del fracaso.

Hace ya muchos años, algunos jóvenes éramos invitados, por buena parte de esos hombres, a las reuniones que se realizaban en el Ateneo de la República, convocadas por Mario Amadeo. Allí conocí a

muchos protagonistas de la política, que pensaron en la posibilidad de reivindicar las banderas del pensamiento nacional a las que se refiere el autor, durante el gobierno del General Onganía. En el aparte de una de ellas, en un soleado mediodía del invierno de 1968, en un raptó de sincera desolación, el Dr. Máximo Etchecopar –uno de los más lúcidos pensadores de la generación a la que se refiere la obra– señaló que el momento hubiera sido 1945, pero que ya era tarde. A ello le contestó Don Santiago de Estrada –quizá para no desencantar a los jóvenes que allí estábamos– diciendo: “Mirá, Máximo, la Revolución nos alcanza cuando Dios quiere; la cuestión es responder adecuadamente cuando sucede”.

He pensado mucho en ese episodio porque, sin duda, el Dr. Etchecopar tenía razón. En efecto, veinte años después, el mundo era otro: ni la Argentina gozaba ya de las ventajas comparativas de la década del 40 ni Europa –referencia obligada en los sectores bienpensantes– estaba herida por sus guerras. Un nuevo imperia-lismo –el norteamericano– había tomado el lugar del hegemon y la ingenuidad del gobierno no daba para más.

Quizá, si Perón no hubiera sido víctima de las dolencias morales que se manifestaron a medida que avanzó en su gestión –y que lo rodeó de gente de esa laya–, si hubiera sido capaz de ayudar a formar una clase cultural y política que profundizara las ideas y obras de los años 40, la Argentina habría podido conformarse como la gran potencia de Sudamérica. Pero las heridas abiertas en la segunda parte de los años cincuenta –y que son reabiertas cuando es útil para el poder de turno– nos han llevado por otros caminos.

Aquella Argentina (“Nacida a ser si su blasón no vende/ de la indígena América señora”, al decir de Castellani) hoy sobrevive al filo de la disolución, como furgón de cola de Brasil, que sí mantuvo una clase política suficientemente coherente como para incluir a civiles y militares, a un ex marxista como Cardoso o a un metalúrgico “trabalhista” como Lula.

En esta coyuntura, la obra de Juan Wally resulta valiosa para tomar conciencia de nuestro rumbo y para pensar que nuevas generaciones podrán insertar a la Argentina en el lugar para el cual Dios la creó, que no es precisamente el de exportar materia gris al extranjero.

CARLOS RAÚL SANZ